

Rodney Arismendi y la revolución cubana

Niko Schwarz

El siguiente es un artículo publicado en el N° 141, (julio-septiembre 2004), de la revista Islas, de la Universidad Central de Las Villas, Santa Clara, Cuba, con una presentación del Dr. Antonio Bermejo Santos, vinculado de largo tiempo atrás con la Fundación Rodney Arismendi. El número fue dedicado a la cultura uruguaya.

El artículo está precedido por una nota de María Luisa Batteggazzore titulada: "Rodney Arismendi: vigencia de su pensamiento", y contiene aportes sobre historia, literatura, teatro, artes plásticas, cine, música, pedagogía y Universidad, desde las plumas de Miriam Divenuto, Wilfredo Penco, Graciela Mántaras Loedel, Washington Benavides, Ruben Yáñez, Olga Larnaudie, Oribe Irigoyen, Coriún Aharonián Ruiz Pereyra Faget; y Nancy Carvajal.

Mis recuerdos sobre el tema del título se proyectan a una fecha anterior incluso al 1° de enero de 1959. Estaba haciendo mis primeras armas en el periodismo cuando recogí las opiniones de Rodney Arismendi acerca del asalto al cuartel Moncada, el 26 de julio de 1953. La noticia llegó a nuestro país tardíamente, como un trueno lejano, y en la versión de los cables no se distinguía mucho de los cientos de intentos golpistas o putchistas que asolaron nuestra América Latina, sobre todo en el siglo pasado. Arismendi opinó que este caso era distinto, porque se intentó asaltar un cuartel de la dictadura batistiana para entregar las armas al pueblo y emprender una verdadera revolución.

En rigor, mis recuerdos llegan más lejos aún, porque en el Partido Comunista uruguayo teníamos un conocimiento directo de algunos de los principales dirigentes del Partido Socialista Popular cubano y de su trayectoria. Tal era el caso de Blas Roca, de Carlos Rafael Rodríguez y de los grandes intelectuales comunistas personificados en Juan Marinello y en la prestigiosa revista Dialéctica, y también en el diario Hoy. Todos estos eran valores familiares entre nosotros. Blas Roca estuvo (de incógnito) en nuestro XVI Congreso de septiembre de 1955, que significó una renovación de fondo en la vida del PCU. A su muerte, Arismendi le rindió un cálido homenaje en que destacó la contribución de toda su vida a la difusión de los ideales comunistas y de la concepción marxista-leninista en la conciencia de su pueblo y a la fusión de todas las corrientes revolucionarias en el PCC.

Pero, desde luego, a partir del triunfo de la revolución cubana se produce una notable profundización en esta relación. Arismendi publica su libro "Problemas de una revolución continental" en enero de 1962, cuando se estaba fraguando la Conferencia de Cancilleres de Punta el Este para anatemizar a Cuba y expulsarla de la OEA, poco después que la presencia señera del Che Guevara denunciara ante el mundo la invasión mercenaria de

Playa Girón, lanzando un desafío en pleno rostro de Douglas Dillon, e hiciera trizas el andamiaje podrido de la Alianza para el Progreso mostrando que había otro destino para los pueblos de América Latina.

La revolución cubana, el acontecimiento fundamental de la historia del continente desde las guerras de independencia

Arismendi venía madurando una concepción integral de la revolución continental, contenida no sólo en los trabajos que integran este texto fundamental, sino que empapa toda su obra, incluso sus informes a los plenos del Comité Central y a los Congresos del PCU de 1955 en adelante. Pero sin duda esta concepción global se acentúa y se explaya, en particular, a partir del triunfo de la revolución cubana del 1º de enero de 1959 y su acelerado tránsito a la etapa de construcción del socialismo bajo una orientación marxista-leninista. En su concepción, la revolución cubana se erige en el acontecimiento fundamental de la historia del continente desde las guerras de independencia de 1810-1830, que emanciparon a las colonias iberoamericanas del dominio de España y Portugal. Introduce un cambio cualitativo. Abre un nuevo período histórico, el de la segunda y definitiva independencia. De esta caracterización se desprende un concepto (y una práctica) que tiene extraordinaria vigencia en Uruguay y deseamos subrayar desde el comienzo. La solidaridad con Cuba, para contribuir a que siga encendido el primer hogar del socialismo en América Latina, impregna de contenido este nuevo período histórico abierto por la hazaña guerrillera de la Sierra Maestra y se transforma en obligación primordial del movimiento democrático y antimperialista desde el Río Bravo al vértice austral. Pasó a ser, y sigue siendo hoy, una tarea estratégica.

Así lo han entendido las fuerzas de izquierda y un amplio contingente del pueblo uruguayo a lo largo de todos estos años, y nos reconforta el reconocimiento de los revolucionarios cubanos, y de Fidel Castro en primer lugar y en múltiples ocasiones, por esta actitud de solidaridad nunca desmentida. La misma adoptó múltiples formas a lo largo de estas décadas, sin desmayar un solo instante. Se expresa también en el hecho de que cierto número de compatriotas aportaron su esfuerzo y su talento a la obra de construcción socialista en Cuba, pero fundamentalmente en que a través de actividades permanentes y de grandes demostraciones de masas se generó en la sociedad uruguaya un sentimiento de amistad y de solidaridad con Cuba, que enfrenta las maniobras provocativas de las clases dominantes y del gobierno, sobre todo en el período más reciente. Esto es también una porción insoslayable del legado de Rodney Arismendi.

Los factores objetivos y subjetivos de la revolución continental

Entre los factores objetivos y subjetivos que sustentan la concepción de la revolución continental, pueden anotarse apretadamente los que enumeramos a continuación.

El primero es la comunidad histórica y geográfica, unida a la cuasi homogeneidad lingüística. Los libertadores consideraron la brega emancipadora como una única guerra contra el opresor común. En el pensamiento de Bolívar, “la patria es América” (en el libro

de García Márquez "El general en su laberinto" se narra la sabrosa anécdota en que se expresó este concepto, en un diálogo con el oficial José María Carreño, caraqueño como él). Su Carta de Jamaica es un manifiesto por la independencia de todo el continente, y proyectó el Congreso Anfictiónico de 1826 en Panamá para plasmar esa "unión de repúblicas" que contribuyó decisivamente a liberar. Refutando tesis "panamericanistas" en boga, estudiosos colombianos demuestran en forma documentada que el Congreso de Panamá fue saboteado sistemáticamente por el Departamento de Estado yanqui y que Bolívar fue un crítico permanente de la política hegemónica de los Estados Unidos. "Jamás conducta ha sido más infame que la de los norteamericanos con nosotros" dijo antes de legar a la posteridad su sentencia premonitoria: "Los Estados Unidos parecen destinados por la Providencia para plagar la América de miseria a nombre de la libertad". Junto con su compatriota, el venezolano Sucre, combatió Bolívar por liberar los territorios que hoy constituyen un conjunto de países de América del Sur hasta la victoria definitiva de Ayacucho, que expulsó a España del continente. El argentino San Martín cruzó los Andes, liberó a Chile junto con O'Higgins, y a Perú. Y fue Martí, el apóstol de la tardía independencia de Cuba, vestigio postrero de la colonización española en el continente, quien acuñó la expresión "Nuestra América" para subrayar el destino común desde la gesta liberadora.

El segundo factor es la existencia de un enemigo principal común, el imperialismo norteamericano, cuya política de dominio irrestricto en el continente ha entrado en crisis desde (y a causa) de la revolución cubana. A partir de ésta, junto a la crisis estructural de nuestras sociedades pasó a procesarse una crisis política de la dominación del imperialismo norteamericano en América Latina. La "astucia de la historia" -giro que nos llega a través de Marx, fruto de sus juveniles inclinaciones hegelianas- determina que la primera revolución socialista de América Latina se produjera precisamente en una isla situada a tiro de cañón de la península de la Florida y que tiene, como un puñal clavado en el costado, la base yanqui de Guantánamo. Lo cual, de paso sea dicho, contribuye a aventar toda concesión a un presunto fatalismo geográfico. (Cuando menciono a Guantánamo no puedo omitir que, al momento de redactar estas líneas, es escenario de las más bestiales violaciones de los derechos humanos por parte de la potencia imperial, en la persona de más de medio millar de prisioneros políticos de diversas nacionalidades sometidos a torturas aberrantes, desprovistos de los más elementales derechos y aislados del mundo).

En tercer término se sitúan las tareas en esencia comunes, de tipo antimperialista y agrario, democrático y nacional-liberador. Ello suponía desechar toda idea de América Latina como una sociedad semifeudal y semicolonial, para verla como una sociedad capitalista de desarrollo tardío pero importante, en un marco de dependencia con el imperialismo y sin romper, en la mayoría de los países, las estructuras agrarias latifundistas. Un punto de vista en esencia similar ha sido expuesto en trabajos del ecuatoriano Agustín Cueva ("El desarrollo del capitalismo en América Latina"), del mexicano Enrique Semo y en la gran obra del chileno Volodia Teitelboim "El amanecer del capitalismo y el descubrimiento de América", con múltiples ediciones en su país y en Cuba.

De esta suerte, la revolución es concebida como un solo proceso histórico con dos fases enlazadas: una democrática y antimperialista, otra socialista. Arismendi contribuyó decididamente a despejar la confusión entre el carácter y las fuerzas motrices de la revolución, incluso en su primera fase. Define entre las capas y clases llamadas a constituir la

fuerza social de la revolución a la clase obrera, las masas trabajadoras del campo, las capas medias urbanas –entre las cuales se sitúan la intelectualidad y la juventud estudiantil-, pudiendo o no ser llevada a participar en el proceso la llamada burguesía nacional. En el caso de la revolución cubana, esta última no solamente no intervino, sino que luego de un período brevísimo en que fue relativamente neutralizada pasó en su enorme mayoría a situarse contra la revolución. (En Uruguay, este proceso doble y único a la vez se expresó, a la salida de la dictadura de 1973-1985, en el lema: “Nuestro camino es la democracia y el antimperialismo; nuestro destino, la liberación y el socialismo”).

Como cuarto factor común se señalaba la irrupción tumultuosa de las grandes masas en la arena política y su protagonismo en la lucha permanente por la democracia y la libertad. Este factor se ha ensanchado considerablemente y hoy grandes masas de pueblo en la mayoría de los países del continente combaten y se muestran dispuestas a tomar en sus manos el destino de sus patrias.

Claro está, ello no significa que los distintos países estén a la misma temperatura, ni que vayan a transitar caminos idénticos a ritmo uniforme. Ni menos creer en explosiones simultáneas. También en estos casos, la unidad esencial se manifiesta en la diversidad. Pero el sentido profundo de la concepción unitaria de la revolución latinoamericana significa considerar “con cierta cautela” –escribe Arismendi– “a toda América Latina como un gran eslabón de la cadena imperialista, que puede ir fragmentándose en su punto más débil, donde es más brutal la opresión nacional y social”. Lo ejemplifica precisamente con el caso de Cuba, “el país en que por todo su desarrollo histórico, las contradicciones se apretaron más fuertemente hasta reventar: opresión nacional más ostensible y más tardía independencia de España, reunión del imperialismo y el latifundio en una sola persona, historia sangrante y torturada de lucha contra la tiranía, con la particularidad favorable de que en Cuba había un movimiento obrero de tradición y aguerrida militancia”.

“Por lo mismo –pronosticaba– “ese eslabón, una vez fragmentado, no podrá recomponerse”.

Estas posiciones fueron sustentadas sobre la base de un debate ideológico de alto vuelo, en polémica no sólo contra las concepciones de los sectores de la derecha y pro-imperialistas, sino también contra la llamada “tercera posición”, que anida en el seno de cierta izquierda. En “Problemas de una revolución continental” el debate de ideas se despliega en un amplio espacio. En la Sección Primera, “Cuba en el mundo de 1960”, el apartado VII se titula “Cuba, la unidad del movimiento revolucionario y el eclipse de la ‘tercera posición’”, y aborda los siguientes aspectos: comprensión teórica y examen de conciencia; la actitud respecto a la Unión Soviética y al sistema socialista; el dogma de “los dos imperialismos”; ¿“imperialismo ideológico”?; una estimación del carácter dual del tercerismo; la “ideología de la revolución cubana”. En el apartado siguiente, “Odio, amor y fantasía”, la polémica adquiere un tono mordaz, de ironía punzante, para ingresar luego a temas de fondo del debate ideológico: democracia y dictadura, relatividad histórico-social de estos términos; comunismo, Estado y democracia; Cuba, el Estado y el anarquismo; el anticomunismo, mal consejero. Se agrega un apéndice sobre la libertad y la igualdad, las bases materiales de la libertad y el postulado proletario de la igualdad.

Paralelismo con una concepción del Che Guevara

Es interesante anotar (tema que abordo en mi libro de 1994 "América Latina y el retoñar de la utopía") que Ernesto Guevara desarrolla una concepción esencialmente análoga a la reseñada. En uno de los primeros –y escasos– escritos destinados a analizar la experiencia cubana, casi contemporáneo al libro de Arismendi, el Che se levanta contra la tesis de los "excepcionalistas", según los cuales la revolución cubana fue un fenómeno único e irreproducible, que transitó caminos abiertos exclusivamente para ella. "Falso de toda falsedad", proclama el héroe guerrillero en un trabajo publicado el 9 de abril de 1961 en la revista Verde Olivo bajo el título: "Cuba, ¿excepción histórica y vanguardia de la lucha anticolonialista?". Y sin amenguar un ápice su significación –al contrario: ubicándola como "el acontecimiento cardinal de la historia de América", y en el plano internacional como el que sigue en importancia a la revolución rusa, la victoria antinazi en la segunda guerra mundial y la revolución china– concluye que "la revolución cubana ha contado con factores excepcionales que le dan su peculiaridad y factores comunes a todos los pueblos de América que expresan la unidad interior de esta revolución". A esta síntesis arriba luego de un análisis muy fino de los movimientos de las clases antes, durante y después del 1º de enero de 1959, que tiene el mérito además de no absolutizar ninguna de las vías de la revolución ni de las formas de lucha. Sin dejar de analizar las particularidades de la acción guerrillera en Cuba, encara con notable madurez –subrayada por el momento histórico y la experiencia todavía fresca de la Sierra Maestra– la posibilidad de utilizar la vía no armada. Aunque la considera "muy remota", sostiene que "sería un error imperdonable desestimar el provecho que puede obtener el proceso revolucionario de un proceso electoral dado". Este concepto fue ampliado en el discurso que el Che pronunciara en agosto del mismo año 1961 en el Paraninfo de la Universidad en Montevideo después de participar en la conferencia del CIES en Punta del Este. No puede dejar de señalarse que en ese escrito el Che formulaba una severa advertencia acerca del papel que puede desempeñar el ejército en caso de que esa posibilidad se transformara en realidad. Doce años después, el golpe pinochetista en Chile corroboraría sus lúcidas aprensiones, tras los mil días del gobierno de la Unidad Popular presidido por Salvador Allende.

La crisis de los misiles

Un lugar especial en este relatorio lo ocupa la posición asumida por Arismendi y su Partido durante la crisis de los misiles de octubre de 1962, que mantuvo en vilo a la humanidad y en el que se cernió sobre el mundo la amenaza tangible de una guerra atómica. Recuerdo vivamente esos días de extrema tensión, en el cual desde el diario "El Popular" nos esforzamos por comunicarnos con los dirigentes cubanos y obtener una versión de primera mano para enfrentar a la cenagosa campaña de las cadenas internacionales. Compañeros uruguayos que trabajaban en Cuba nos trasmitían la conmoción que afectaba a todo el pueblo, su disposición a defender la soberanía nacional, a arrostrar todos los peligros y dar la vida por esa causa. Tengo presentes las palabras que en su carta de despedida el Che dirige a Fidel Castro por su conducta indoblegable en esa circunstancia. En el fragor de esa confrontación, en un clima internacional caldeado al extremo y con un desenlace imprevisible, Arismendi salió a la palestra en un memorable discurso proclamando que el

doble objetivo de las fuerzas progresistas era salir de la confrontación salvando al socialismo en Cuba y la paz en el mundo. Y esto se logró. Cuba siguió adelante en la construcción del socialismo, y se evitaron al mundo los horrores de una guerra atómica que adquiriría inevitablemente un carácter mundial.

Cuba es América Latina. El escándalo teórico

Como quedó dicho, las reflexiones de Arismendi que incluyen los atisbos iniciales de la teoría de la revolución continental están contenidos en los documentos del XVI Congreso de 1955 y en sus comentarios a la Declaración Programática aprobada por el siguiente, en 1958. Luego, elaboró una serie de ensayos difundidos en el país, principalmente en la revista Estudios, y en publicaciones internacionales editadas en Praga y en Moscú, entre 1960 y los meses finales de 1961. "Problemas de una revolución continental" agrega a éstos varios análisis posteriores. Cuando se entregaron a la imprenta, ya se había producido la conferencia del CIES a la que aludimos antes y a la cual está referido específicamente el trabajo titulado "La contrarrevolución con bonete rojo". El ensayo inicial, que da título al volumen, se refiere a la unidad esencial de la revolución latinoamericana y a Cuba como parte integrante de esa revolución y factor condicionante de la misma. Todavía tuvo tiempo de agregarle una inquieta introducción, fechada en enero de 1962, cuando se aprestaban a reunirse en San Rafael, próximo a Punta del Este, los cancilleres americanos convocados por el gobierno de EEUU, que combinó presiones y sobornos para lograr el voto número 14 y decretar la expulsión de Cuba de la OEA. Eran los días en que jóvenes uruguayos unían en una marcha la capital Montevideo con el balneario esteño y enfrentaban provocaciones y atentados para expresar su solidaridad activa con Cuba revolucionaria. Arismendi fue viviendo todos los avatares de la revolución cubana, que logró derrotar cada una de las agresiones del imperio porque estaba defendida por un triple anillo: la firmeza, unidad y lucidez de su pueblo; el apoyo que durante décadas le prestaron la Unión Soviética y los países de la comunidad socialista; y la solidaridad de los pueblos del continente. "Cuba -señalaba- está inserta en una América Latina que la sintió como suya". Y que comenzó a considerar la revolución cubana como parte de su propia revolución. Correlativamente, la concepción que Arismendi había comenzado a elaborar previamente a la entrada de los barbudos a La Habana no sólo alcanzaba confirmación plena sino también una proyección más amplia, enriquecida por una originalísima experiencia. Máxime cuando la revolución cubana transitó rápidamente su etapa antimperialista y agraria, democrática y radical, y -respondiendo a cada agresión imperialista con un paso más adelante- abordó la etapa de la construcción del socialismo.

"A la revolución cubana -decía Arismendi- nunca la consideramos sólo como la revolución de un país sino parte de un proceso de maduración latinoamericana en el que Cuba explotaba como vanguardia, pero que reflejaba una tendencia general".

A alguna gente que consideraba el marxismo-leninismo en forma dogmática y estrecha -agegaba- la revolución cubana le pareció un escándalo teórico, como antes le había parecido otro escándalo teórico la revolución rusa a marxólogos diversos. Pero en realidad, en forma singular y con todos sus particularismos, la revolución cubana estaba expresando

lo que bullía en las entrañas de América Latina. Lo decía en los siguientes términos:

“La revolución cubana significó la expresión en un punto crítico de un fenómeno que se desarrollaba en todo el continente latinoamericano, al enlazarse la crisis de las estructuras económico-sociales, acelerada por el desarrollo capitalista producido durante la guerra, con el crecimiento de las fuerzas enfrentadas al imperialismo y a su política de explotación, de tiranía, de intervenciones. La revolución cubana era un factor y una expresión, a la vez, de la crisis de la dominación del imperialismo norteamericano. Por lo tanto, lo primero que había que aprender a valorar era su papel histórico, su dimensión continental... Era una expresión de algo más profundo, de una nueva realidad de América Latina que sigue madurando más allá de vaivenes y de la lucha entre revolución y contrarrevolución”. En otro lugar realzaba el significado histórico de la revolución cubana señalando:

“A cinco años de la caída de Guatemala y de la bronca excomunión proferida en Caracas por Foster Dulles contra todo régimen que en el hemisferio pudiera oler a comunismo, Fidel Castro se instala en La Habana bajo la nariz del imperio”.

En la misma línea de pensamiento, en su obra señera “Lenin, la revolución y América Latina” (publicada en 1970 para el centenario del nacimiento de Lenin) examinaba la expresión de Fidel Castro de que la revolución es “cubana como sus palmeras”, lo cual subraya a su juicio la raíz nacional de la victoria revolucionaria, alcanzada primordialmente por sus propias fuerzas. “Prescindir de las particularidades de la revolución cubana, más aún de su rotunda singularidad, fue y es una simpleza política”, afirma, y agrega: “Pero considerarla –desde el punto de vista latinoamericano– como un accidente histórico o una exclusividad más o menos caprichosa parece... por lo menos un caso de miopía”.

Arismendi siguió desarrollando esos conceptos ante cada nuevo giro de la situación del continente, ingresado a nuevo período histórico por obra de la revolución cubana e influenciado profundamente por ella en el curso de las luchas populares crecientes, que asumieron las más diversas formas. En un discurso del 28 de mayo de 1971 publicado bajo el título de “La revolución uruguaya en la hora del Frente Amplio” señalaba, en una visión panorámica, que América Latina vivía una situación revolucionaria de carácter general y que la revolución cubana, con todas sus especificidades, era parte integrante de ese proceso. “Toda América Latina –escribía– ha entrado en un proceso revolucionario de carácter general. Pero también, dentro de esa unidad esencial, de ese carácter común de las tareas, aparecen muy claramente marcadas la diversidad y la singularidad de las formas de desarrollo de cada revolución. Y aún la diversidad de las vías específicas en que se desenvuelve la revolución”.

En ese momento, el cuadro del continente exhibía una revolución socialista en Cuba, una democracia avanzada orientada hacia el socialismo en Chile, movimientos nacionalistas encabezados por militares en Perú, movimientos populares democráticos con Torrijos en Panamá, explosión dominicana ahogada por la intervención armada, revolución en Granada luego descabezada por la invasión –que antes se había ensañado con Guatemala y después arrasó Panamá–, revolución en Nicaragua, a lo cual se agregaban luchas guerrilleras, acciones revolucionarias, luchas legales de masas, definiciones políticas, acciones parlamentarias, participación de estudiantes y universitarios, presencia de la literatura y el arte. “Situándonos en estrictas posiciones de luchas de clases y de enfoques marxistas-leninistas –resumía Arismendi– debemos analizar todo esto en el cuadro del movimiento de un continente que algunos llaman ‘en ebullición’ y otros, repitiendo a Martí, en su ‘se-

gunda guerra de independencia”.

Sin duda, estas luchas se diversificaron y cobraron vigor renovado a partir de la revolución cubana, que operó como un revulsivo, esclareció la conciencia de amplios sectores, sobre todo entre la juventud, y los condujo a la lucha. A la vez, y como contrapartida, el imperialismo norteamericano se propuso liquidar a sangre y fuego a la revolución cubana, ese ejemplo rebelde que ponía en entredicho su dominio incomprometido en el patio trasero. El bloqueo, mantenido a lo largo de más de 40 años por sucesivos ocupantes de la Casa Blanca, es sólo una de las expresiones de la guerra feroz del imperio contra la revolución.

La solidaridad con Cuba. El compromiso del pueblo uruguayo

También en Uruguay la revolución cubana suscitó una oleada de cariño y adhesión, contribuyó a la educación y a la elevación de la conciencia de amplios sectores, mostró que la revolución soñada por muchos era posible. El movimiento de solidaridad con la isla se mantuvo sin pausa. En realidad, el apoyo a Cuba formó a toda una generación de militantes, buena parte de los cuales habrían de concurrir a la formación del Frente Amplio, que nació en 1971 afirmando el derecho de Cuba a la autodeterminación y condenando la intervención en todas sus formas. Hoy, ese ininterrumpido movimiento solidario ha asumido un compromiso ineludible: lograr que el próximo gobierno uruguayo reanude a plenitud las relaciones diplomáticas y de todo orden con Cuba, cercenadas por un gobierno que se postró ante las imposiciones de Bush y asumió una actitud provocativa en el campo internacional, al servicio de los peores violadores de los derechos humanos, del derecho internacional, de la Carta de la ONU y de las normas de convivencia entre las naciones. Quizá sea ésta la primera medida a adoptar por el gobierno que será electo a fines de 2004. Ojalá se pueda avizorar esa perspectiva cuando estas líneas vean la luz.

NIKO SCHVARZ es periodista. Fue subdirector y redactor responsable del diario del PCU, *El Popular*. Corresponsal de publicaciones internacionales, comentarista internacional del diario *La República*. Autor de los libros *América Latina y el retoñar de la utopía* y *José Carlos Mariátegui y Rodney Arismendi, dos cumbres del marxismo en América Latina*, editados por la Fundación Rodney Arismendi, cuya Comisión Directiva integra. También es coautor del libro *El águila imperial perdió muchas plumas en San Rafael*, sobre la conferencia de cancilleres de la OEA en 1962.